



CONFLICTO SOCIAL E IMPUTACIÓN ESTRUCTURAL. UN RECORRIDO POR LA TEORÍA SOCIOLÓGICA

Pablo Bonavena¹
Mariano Millán²

Introducción: una nueva paradoja de la sociología

Durante sus inicios la sociología conceptualizó la sociedad como una totalidad, incluyendo en su arsenal ciertas nociones de sistema. La nueva disciplina rompía epistemológicamente con la matriz atomista de la filosofía de la ilustración, que explicaba los fenómenos sociales por la adición de sus partes. Frente al individualismo dieciochesco, la flamante ciencia social constituyó una nueva problemática presentando nociones de totalidad predominante, ya sean de carácter emergente o relacional (Piaget, 1986: 30/4). Desde este prisma analítico, instalado en el nivel macro-social, fueron gestadas las analogías organicistas, tan relevantes durante los primeros trazos de la sociología, y resultó fortalecida la idea de subordinar la explicación del comportamiento social a un marco interpretativo general (Nisbet, 2003: 21).

Esta totalidad, por otra parte, se fue asociando generalmente a una espacialidad asentada en la unidad política que expresó el Estado-Nación. Desde el marxismo se blandió otro criterio para conceptualizar la territorialidad. “¡Proletarios del mundo, uníos!”, que cierra el *Manifiesto Comunista*, expresa una lógica epistémica asentada en relaciones cuya producción y reproducción se localiza a escala mundial. En contraste, la sociología alineada con la burguesía, generalmente desde una ideología industrialista, adoptó tempranamente una perspectiva estructural espacializada en los confines estatales.

1. Investigador del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires (UBA), y docente de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y la UBA. Doctorando en Ciencias Sociales por la UNLP. Investiga el conflicto social en la teoría sociológica, en la Argentina de los '70 y también las guerras contemporáneas.

2. Investigador de CONICET (IHAA Dr. Emilio Ravignani) y docente de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Doctor en Ciencias Sociales por la UBA. Investiga sobre movimientos estudiantiles, conflicto social y guerra.

Existen diferentes periodizaciones de la evolución de esta tendencia: Alain Touraine y Anthony Giddens resaltaron esta predisposición en el siglo XIX (Joas, 2005: 170/1 y 183; Freund, 1987: 36/44; Giddens, 2006: 27). Otros autores ubicaron tal propensión en el siglo XX, reconociendo como preponderante para la centuria anterior una mirada de carácter universal sobre lo social (Therborn, 2012). Resulta una cuestión espinosa, porque puede sostenerse que el comienzo de la producción de estadísticas entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, propio de los Estados preocupados por el gobierno de sus territorios y poblaciones, haya sido un fenómeno decisivo para constituir intelectualmente la espacialidad Estado-Nación y el nivel de análisis a gran escala, elementos fundantes de la sociología (Berthelot, 2003: 11). Allende tales debates, como afirma Francisco Ayala, “La configuración nacional de la realidad social ambiente ha operado de modo muy efectivo, como un cuño, sobre la Sociología, y el desarrollo de esta ciencia no podía ser entendido sin apelar a esa clave” (Ayala, 1947: 34).

Por estas razones, la ruptura epistemológica de la sociología respecto de las teorías del contrato social contrastaba con elementos de continuidad, como la usual consideración del “estado de guerra de todos contra todos” en la arena inter estatal, que implicaba considerar el conflicto como un fenómeno extra-sistémico en lugar de intra-sistémico (Parra Luna, 1983: 287). En esta clave puede leerse, por ejemplo, la obra de Herbert Spencer (n.1820 – m.1903), quien defendía el imperialismo británico sin considerarlo en contradicción con su apología del pasaje de la “sociedad militar” a la “sociedad industrial” (Gil de San Vicente, 2012: 30).

La perspectiva estructural de la sociología clásica, predominante en el siglo XIX y durante el primer tercio del XX, conformó el perfil característico de esta disciplina. Por ello el estudio de la integración y la disgregación social resultó fundamental para los autores que, tomando distancia del marxismo, articularon una explicación global de la sociedad, la estructura social y la integración del sistema (Bretones, 2001: 34/5).

La mentada estabilidad sistémica se definía, generalmente, de acuerdo con la magnitud de la conflictividad social. Este criterio abrevaba en la presuposición general (Alexander, 1995: 18/9) de que la proliferación y/o la creciente intensidad de los conflictos representaban circunstancias potencialmente desorganizadoras de los vínculos y el equilibrio social. Por ello, la meta de la nueva ciencia era favorecer la duradera “armonía” social. Obras ricas y complejas, como la de Durkheim, se propusieron desentrañar las fuerzas colectivas que tendían al orden y la cohesión (Bonavena y Zofío, 2008). Lecturas posteriores, influidas por Talcott Parsons, codificaron los estudios durkheimianos como una perspectiva teórica que valoró negativamente el conflicto social (Cosser, 1970: 146 – 170).

Destacamos, en este sentido, una nueva paradoja de la sociología clásica compatible con las estrategias burguesas (de aquí en más “sociología burguesa”): si epistémicamente rompió con las matrices individualistas del pensamiento

contractualista y el liberalismo, en el nivel de los presupuestos sobre el orden social se encontraba en clara continuidad: tendencia al equilibrio y, por ello, autorregulación del orden social, armonía entre los intereses de las partes y el conjunto, nociones del conflicto y la violencia como anomalías y/o un elemento “pre” o “a-social”, etc. (Bonavena, 2010).³

Sin embargo, otras indagaciones de los sociólogos pioneros mostraron una imagen más compleja del conflicto en sus escritos. Jacques Donzelot, por ejemplo, resaltó el estrecho eslabonamiento entre el movimiento “solidarista” y las formulaciones de Durkheim, puesto que ambos cuerpos de teoría buscaban cubrir la brecha entre las ideas de orden social conservadoras (coactivas) y liberales (espontáneas), que no llegaban a explicar/garantizar la integración social (Donzelot, 2007).

Resulta menester destacar, igualmente, que si los conflictos fueron tempranamente considerados un síntoma de fragilidad societaria, también se concibieron, en algunos casos, como una llave de paso para el cambio social progresivo. Mientras Karl Marx profundizó este enfoque desde una perspectiva revolucionaria, numerosos sociólogos entendieron la proliferación de las disputas como potencialidad para modificar la vida colectiva, pero dentro del orden. El despliegue de la conflictividad orientada por un programa político y una práctica munida de una teoría, idea central en el marxismo, también nutrió la indagación conceptual para contener las protestas, como lo refleja tempranamente *Movimientos sociales y monarquía* de Lorenz Von Stein, allá por 1850, donde se proponía implantar reformas sociales para evitar la revolución social (Guerrero, 2013: 85).

Estas alternativas teóricas al enfoque clásico, empero, no erosionaron el dominio de la estrategia de lectura parsoniana que eclipsó otros desarrollos, como los postulados por Adam Ferguson (n.1723 – m.1816), quien precoz y pioneramente destacó el efecto positivo del conflicto para la conservación institucional y la cohesión social (Hill, 1996: 215; Wences, 2010). Corrido el velo funcionalista, emerge un amplio registro de escritos sociológicos donde fue resaltada la necesidad de organizaciones institucionales capaces de incluir las demandas sociales, que cuenten con estructuras flexibles, que soporten reformas y eviten la “anarquía”. La gestión del conflicto devino un objeto teórico de importancia para esta rama de la ciencia.

Fernando Álvarez Uría y Julia Varela afirmaron que el desarrollo de la teoría sociológica del conflicto se produjo en la fisura que abrieron las tensiones sociales de la democracia y el capitalismo, en un canal entre el pensamiento conservador, el liberalismo y, enfrente, el socialismo (2004). Por eso, a poco de su gestación, el pensamiento sociológico expresaba ya un mosaico teórico en debate con el desafío intelectual del marxismo, en un marco signado por la lucha obrera (Zeitlin, 1970: 361/2). Göran Therborn sostiene que la sociología

3. La primera paradoja de la sociología ver: Nisbet, 1999: 33.

“[...] se desarrolló y estableció definitivamente como un intento de enfrentarse a los problemas sociales, morales y culturales del orden económico capitalista, bajo la sombra de un movimiento obrero militante y de una amenaza más o menos inmediata de socialismo revolucionario.” (Theborn, 1980: 140/1)

En paralelo a las elaboraciones realizadas con el objetivo de constituir una teoría general, dentro de la disciplina existieron, como en otras ciencias, tendencias que buscaron descomponer esa agregación en elementos más simples, con pretensiones hipotéticas más acotadas y particularizadas (Rodríguez y Arnold, 2007: 22). La tensión entre sociología general y sociologías especiales recorre la historia de la teoría sociológica (Munné, 1971: 261/2). Estas búsquedas de alternativas conceptuales son el contexto intelectual de los planteos que cuestionaron la fuerza asignada al sistema o totalidad. Una de sus consecuencias fue la tensión entre abordajes generales y/o macro-sociales y perspectivas centradas en los actores, mirada que tendió a ser hegemónica entre los teóricos burgueses del conflicto social durante la última parte del siglo pasado.

El conflicto en la sociología de la era del imperialismo: Alemania y EEUU

Entre el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del XX el capitalismo adoptó la forma imperialista (Lenin, 1974). Las transformaciones de esta era permitieron a los europeos occidentales y sus descendientes hacerse con el control del 85% del planeta (Arrighi, 2014: 71/2), avanzando con las armas en la mano (Headrick, 2011: 169 - 278). Por aquellos tiempos comenzó la crisis de Gran Bretaña en tanto conductora del sistema-mundo capitalista y la emergencia de dos competidores para sucederla: Alemania y EEUU. Ambos pugnaron por la acumulación de recursos como la extensión territorial, el crecimiento de la producción industrial, el control de las materias primas y la fuerza de trabajo, al compás de la expansión de las relaciones salariales. Estos años fueron marcados, asimismo, por grandes migraciones y el incremento exponencial de la urbanización en los países centrales (McNeill y McNeill, 2010: 294 y 318).

Tomando en cuenta esta situación sorprende que, en nuestra cultura sociológica argentina, los textos producidos en Francia durante el “largo siglo XIX” hayan eclipsado las elaboraciones de Alemania (con la excepción de Weber) y de los EEUU.⁴ Las intensas transformaciones sociales en estos países aparecen reflejadas, con mediaciones, en el pensamiento sociológico que allí germinó.

4. En 1887, comentando la obra de Gumplowicz, Durkheim señalaba: “[...] la sociología, que es francesa por su origen, se convierte cada vez más en una ciencia alemana” (Giddens, 1998: 131). Suele afirmarse que el desplazamiento de la sociología alemana se debió a la derrota en la Gran Guerra, pero ese argumento no explicaría la fuerte presencia de Max Weber, férreo defensor del imperialismo alemán y la guerra, en nuestra disciplina.

Una rápida lectura de numerosos iniciadores de la sociología en Alemania y los EEUU muestra que el conflicto social era una preocupación explícita en sus obras. Al mismo tiempo, la sociología norteamericana y autores como Georg Simmel (n.1858 – m.1918), construyeron teoría donde la imputación sistémica resultó débil y, en cambio, las situaciones sociales fueron consideradas con mayor capacidad explicativa. Este sendero reflexivo abrió mayores posibilidades conceptuales para el estudio del conflicto y sus implicancias para los actores y la vida social. Por tratarse de un conjunto tan heterogéneo de autores, elaboramos dos breves apartados: la sociología germanohablante y el conflicto y la escuela sociológica de Chicago.

a) La sociología germanohablante y el conflicto

Desde la segunda mitad del siglo XIX, el mundo germanohablante contaba con dos potencias que pugnaron por la unificación: Austria y Prusia. Los primeros comandaban un diverso imperio (en términos étnicos, lingüísticos, religiosos) a través de la doble monarquía de Viena y Budapest. Los segundos, de pujante desarrollo industrial, encabezaron la unificación bajo la autoridad del Káiser y el Canciller Bismarck, sin la vencida Austria. En ambos espacios geográficos florecieron elaboraciones sociológicas que otorgaron un lugar central al conflicto y transitaron, aunque de maneras diferentes, la dicotomía entre Estado y sociedad (Freund, 1988: 180).

En el Imperio Austro-Húngaro el análisis sociológico del conflicto fue producido centralmente a través de la problemática malthusiana del territorio y la población y, también, de los conflictos raciales. Las dos figuras de mayor relevancia fueron Ludwig Gumplowicz (n.1808 – m.1909), de Cracovia; y su discípulo vienés Gustav Ratzenhoffer (n.1842 – m.1904).

Para Gumplowicz, permeado por el darwinismo social, la ley suprema de las sociedades consiste en: “[...] la lucha de numerosos y pequeños grupos hacia la formación de los más grandes, por la servidumbre de los más débiles bajo los más fuertes.” (1946: 142). Es el conflicto lo que produce “[...] esos fenómenos socio-psíquicos, que creemos, por lo general, libremente creados por el ‘espíritu humano’, como la lengua, la religión, el derecho, el Estado con todos sus organismos, etc.” (Ibidem: 146). En la misma dirección apuntaba cuando analizaba el Estado y el derecho, que “[...] surge de la lucha social entre las sociedades humanas” (Ibidem: 144). Los distintos colectivos humanos entraban en choques por la tendencia de cada grupo a la preservación y ampliación: “[...] los pueblos primitivos se ven forzados, primero, a emprender expediciones de pillaje donde se miden las fuerzas [...]. Cuando esas expediciones repetidas no parecen remuneradoras [...]

sojuzgan de modo permanente a las hordas vecinas –o de ultramar– las obligan a la explotación intensiva de los territorios conquistados. Así se inaugura la formación de los Estados [...]” (Ibidem: 159/60).

Efectivamente, existe una “*perpetua ley del movimiento*, a resultas de la cual las razas se ven abocadas a una *circulación continua alrededor del globo terrestre*: la raza consolidada *se pone en marcha* de una manera o de otra para ir a buscar los lugares donde reside la raza extranjera, a fin de entrar así en contacto con ella y volver a comenzar la lucha [...]” (Gumplowitz, 2002: 57).

Aquí se asientan, para el autor, la permanencia histórica de la guerra y el dominio y la explicación del cambio social como resultado del conflicto por la subsistencia. Su sociología expresa, en definitiva, al Imperio austro-húngaro como aparato de dominación (Ayala, 1947: 181/2). Una visión análoga presentaba Ratzenhoffer, para quien los “[...] conflictos consolidan las estructuras sociales y crean agregados de poder” (Martindale, 1979: 217). De allí sus conjeturas sobre el papel fundamental de la guerra, la lucha de clases y el enfrentamiento entre grupos culturales (Ayala, 1947: 180).

En Berlín, Franz Oppenheimer (n.1864 – m.1943), de inspiración liberal y admirador de Gumpłowicz, retomó los problemas de la acumulación originaria y el carácter clasista del Estado. En *Deer Staat* [1909] (1990), conceptualizó las bases del orden social desigual como producto de las expropiaciones de las masas rurales, que fue garantizado por la constitución de un instituto jurídico-político: el Estado. En efecto, Oppenheimer sostenía que el ejercicio de la violencia resultaba ser un factor de gran capacidad explicativa para la constitución de las diferencias de clase (Ayala, 1942: 25/6).

Con posterioridad a la unificación alemana influyentes voces expresaron preocupación por las tensiones sociales y, en 1872, fundaron la Asociación para la Política Social (Verein Für Sozialpolitik). El proceso de organización y la belicosidad obrera, bajo el influjo del ideario socialista, pusieron en el orden del día el problema de la gestión de la conflictividad social. Este fue uno de los fundamentos del núcleo de los llamados “Socialistas de Cátedra”: Gustav Schmoller (n.1838 – m.1917), Adolf Wagner (n.1835 – m.1917), Lujo Brentano (n.1844 – m.1931), Werner Sombart (n.1863 – m.1941) y Albert Schäeffle (n.1831 – m.1903), entre otros.⁵ El planteo fundamental del grupo puede resumirse en las palabras de Schmoller: “Sólo conservando una numerosa clase media, elevando a un grado superior de civilización a nuestras clases inferiores, y aumentando sus ingresos, es cómo podremos escapar de la evolución política que nos traería alternativamente la dominación del capital y la del cuarto estado. La reforma social sólo puede mantener en el Estado prusiano las tradiciones que le han hecho grande; ella es la única que puede mantener a la cabeza del Estado

5. Durkheim tomó de Schäeffle la metáfora organicista, y de varios socialistas de cátedra la idea de que la actividad económica no podría estudiarse por separado de la integración moral de los sujetos (Giddens, 1998: 127/35).

la aristocracia de la civilización y de la inteligencia; y ella sola nos garantizará para el porvenir, en el interior del imperio reconstituido, un estado de salud en armonía con su poderío y su esplendor” (Schmoller, 2007: 6/7).

Los Socialistas de Cátedra señalaron que el conflicto en la pujante sociedad industrial debía y podía ser regulado, a través de mecanismos de “seguridad social”, un planteo que tenían las mismas autoridades del Reich: “El 17 de Noviembre de 1881 tuvo lugar el famoso mensaje imperial que marcaba un cambio de rumbo en las políticas sociales: [...] la superación de los males sociales no puede encontrarse exclusivamente por el camino de reprimir los excesos socialdemócratas, sino mediante la búsqueda de fórmulas moderadas que permitan una mejora del bienestar de los trabajadores. [...] seguro de los trabajadores en caso de accidentes de trabajo. [...] organización paritaria del sistema de “Cajas de Enfermedad” en la industria. También se contemplará la situación de quienes por edad o invalidez resulten incapacitados para trabajar, que tienen ante la colectividad una pretensión fundada a una mayor asistencia estatal [...]” (Álvarez Uría y Varela, 2004: 181)

En la voluntad de obturar el camino de la revolución social e instaurar un sistema estable, el Socialismo de Cátedra ideó mecanismos de ciudadanización para las clases subalternas. El Estado debía abandonar sus bases liberales y transformarse en un Estado social, una tercera posición entre marxismo y liberalismo. Esto implicaba el reconocimiento del conflicto estructural entre obreros y empresarios, que podría regularse con instituciones intermedias como los sindicatos, y con la flexibilidad institucional suficiente para asignar derechos a los distintos actores. No pretendían eliminar la libertad de empresa y de mercado, sino encauzarlas con criterios morales, para que no hubiese personas ni grupos sociales excluidos de los beneficios de la industria moderna.

Esta matriz puede observarse en *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* [1906], de Sombart. Allí se demuestra que un sistema político con sufragio universal y partidos centristas de masas, en una sociedad donde es factible ilusionarse con una mejora de la calidad de vida y la movilidad social ascendente, resulta ser un mecanismo efectivo para integrar a la clase obrera en el orden social y atemperar “toda agitación anticapitalista” (2009).

En la obra de este autor hallamos textos donde el conflicto social, especialmente en forma de guerra, tiene capacidad estructurante. En *Guerra y Capitalismo* [1913] sostenía que entre los siglos XVI y XVIII, por efecto de las confrontaciones estatales, se desarrollaron los ejércitos y con éstos la disciplina de las masas, fenómenos que constituyeron un fuerte estímulo de la producción industrial (Sombart, 1943; Beriaín, 2005; Bastida, 1994: 65).⁶ Durante la Gran Guerra, en “Mercaderes y héroes. Reflexiones patrióticas” [1915], señaló que la confronta-

6. Estas tesis adelantaron por varias décadas las ideas de Geoffrey Parker sobre la revolución militar [1988] (2002), inclusive las más tempranas de Michael Robert, allá por 1955.

ción bélica desnudó los caracteres de una “cosmovisión heroica”, propia de los alemanes y el mero “espíritu mercantil” de los ingleses (Beriaín, 2005: 92). Sombart, además, realizó aportes pioneros para pensar la expansión del capitalismo desde la noción de “sistema mundo” (Blinder, 2011: 203), esbozando pasos hacia la superación de la estrechez nacional en el análisis sociológico.

Esta perspectiva macro contrasta con las aproximaciones del formalismo microsociológico de Georg Simmel, la figura más rutilante de la sociología alemana de la “era del imperialismo” para la cuestión del conflicto. En un escrito pionero, “Sobre la diferenciación social” [1890], sostuvo que la nación o el Estado se integraban a través de los conflictos (Vernik, 2012: 152). Posteriormente desarrolló este planteo.

Su enfoque general del problema y objeto sociológico fueron las formas de socialización, en un intento por construir un abordaje que separase la nueva disciplina respecto de la historia y otras ciencias humanas, no tanto por los hechos que se estudiarían, sino por las maneras de conceptualizarlos: “Lo que se necesita es una línea que, cruzando todas las anteriormente trazadas, aisle el hecho puro de la socialización, que se presenta con diversas figuras en relación con los más divergentes contenidos y forme con él un campo especial.” (Simmel, 1939: 17). Esta separación de formas y contenidos se inscribe en una tendencia del pensamiento alemán donde “[...] las conexiones causales se ven desplazadas por las analogías [...]” (Lukács, 1959: 490).

La teoría formalista asumió tempranamente que “Si toda acción recíproca entre los hombres es una socialización, la lucha, que constituye una de las más vivas acciones recíprocas y que es lógicamente imposible de limitar a un individuo, ha de constituir necesariamente una socialización.” (Simmel, 1939: 247) Desde este punto de vista, el conflicto aparecía como una forma de socialización, más allá de sus contenidos y, por ello, presente en cualquier momento de la historia, espacio geográfico y/o ámbito social.

Para Simmel, el conflicto podía provenir de un “natural instinto de hostilidad” o de contenidos interindividuales. En términos generales, consideró que la lucha era una forma de poner en contacto a los individuos y grupos, al tiempo que representaba una vía para la unidad y remedo de la disociación (estudiando para ello los juegos, las contiendas jurídicas y las pujas por intereses objetivos); un elemento de distensión social y, también, un medio para la construcción de identidades y jerarquías, ya sea por la competencia o la guerra, que permiten la concentración de fuerzas, la formación de alianzas y la expresión de los antagonismos, mucho más intensos cuanto más comunitaria es la relación entre los antagonistas.

El abandono, por parte de Simmel, de la pretensión explicativa sobre el capitalismo, la modernidad, la industrialización, etc. y el trazado de una estrategia conceptual basada en las formalizaciones plurales (Watier, 2005: 12), abordan-

do objetos más pequeños, pensando en situaciones más que en sistemas, legó trabajos fundamentales para comprender aspectos de la actividad social (por ejemplo *Filosofía del dinero*, “El extranjero como forma sociológica”, “El pobre”, etc.), aunque no una lógica que estructure la misma (Fritz Ringer, 1995: 170).

La obra de Simmel brindó numerosas herramientas para la micro-sociología y para los estudios acerca de los espacios públicos urbanos de la escuela de Chicago (De la Peña, 2003). No es de extrañar que la sociología de esa metrópoli se desarrollase sobre estas coordenadas lógicas.

b) La moderna escuela sociológica de Chicago

A pesar del trasfondo común de avance organizativo de la clase obrera, la primera sociología norteamericana presentó rasgos sustancialmente diferentes respecto de su par europea, sobre todo francesa. En primer término, porque “[...] una considerable mayoría de estos sociólogos creyentes tenía alguna vinculación con los movimientos protestantes de reforma social y del Evangelio social [...]” (Coser, 1988: 327), por ello “[...] la primera y la segunda generación de sociólogos norteamericanos se sumaron en buena parte a las filas del movimiento reformador en ascenso.” (Ibidem: 329). En segundo lugar, porque el conflicto resultaba uno de sus elementos centrales. En una de las primeras reuniones de la *American Sociological Society*, durante 1907, el cierre estuvo a cargo de Thomas Carver, quien explicitó que: “Puede haber muchos casos en los que existe armonía de intereses, pero esto no plantea ningún problema y por lo tanto no necesitamos ocuparnos de ello.” (Carver, 1908: 629).

El reformismo social de estos precursores tenía puntos de contacto, por sus intereses y motivaciones, con el Socialismo de Cátedra alemán, aunque en los EEUU parte de estas motivaciones tenían fundamentos religiosos. Dentro de este conjunto de autores existían “reformadores estructurales” como Lester Ward (n.1814 – m.1913), Albion Small (n.1854 – m.1926), Edward Ross (n.1866 – m.1951), Thorstein Veblen (n.1857 – m.1929) y Charles Cooley (n.1864 – m.1929); y “reformadores detallistas” como William G. Sumner (n.1840 – m.1910) y Franklin H. Giddings (n.1855 – m.1931) (Coser, 1961: 15/6). Más allá de tales discrepancias, todos ellos eran contrarios a la revolución proletaria (Therborn, 1980: 132/3 y 138/9).

Estas obras formaban parte del archipiélago de la crítica social norteamericana, tendencias que cuestionaban determinados elementos de la vida colectiva “[...] –la ciudad, la sociedad de masas, la tecnología, la bomba, las grandes organizaciones, la vida suburbana, el automóvil, los medios masivos (en su papel de entretenimiento), la discriminación racial– y no se trata[n] de

eslabonar su criticismo con ninguna concepción general de la sociedad tal como ella es o como pudiera ser.” (Bottomore, 1970: 20)

Este constituye uno de los rasgos más salientes de la escuela de Chicago, que fuera el centro de la sociología estadounidense hasta fines de los años '30: la sustitución de la cuestión social por una gama variada de problemáticas sociales, mayormente ligadas a las transformaciones de una ciudad cuya población crecía vertiginosamente.

El enfoque de esta corriente sociológica puede resumirse en un abandono de las grandes explicaciones sistémicas y la observación de lo social “en situación”. Trazando una comparación con Durkheim o Weber, destacamos: “1) el abandono de la preocupación central por el capitalismo [...]; 2) la sustitución de la *cuestión social* por una variada gama de *problemas sociales*, y más concretamente por la integración de los emigrantes, los negros, los trabajadores irregulares; 3) en fin, el abandono de la sociología histórica para adoptar como modelo el paradigma ecológico de las ciencias naturales. En Chicago la centralidad de la cuestión social es sustituida por la centralidad de la inserción sociocultural de las minorías étnicas.” (Álvarez Uría y Varela, 2004: 303)

Cuando repasamos las principales obras del período de madurez de la escuela de Chicago, como *El campesino polaco en Europa y América* de William Thomas y Florian Znaniecki [1918-1920] (2006) y numerosos escritos de Robert Park acerca del hombre marginal, subrayamos tres elementos de importancia sociológica. En primer lugar una teoría que va “[...] de los problemas sociales a *las situaciones sociales*, y en este nuevo marco el punto de vista de los actores era decisivo, ya que, *si las situaciones son percibidas como reales, son reales en sus consecuencias*.” (Álvarez Uría y Varela, 2004: 288) En segundo término, el trabajo precursor en base a metodología cualitativa, donde “El objeto de estudio está siempre ligado a los significados humanos de alguien [...]” y “[...] un gran número de documentos subjetivos –cartas, historias de vida, registros de casos, etc.– son utilizados para comprender la experiencia de la migración.” (Plummer, 2006: 13). En tercer lugar, un abordaje de los problemas de la “integración social” a partir de las dificultades y los conflictos, en una escena urbana transformada y en una larga transición. Entre 1880 y 1920, cuando el departamento de Sociología de Chicago tuvo su fundación y apogeo, la ciudad pasó de 500.000 a 2.700.000 habitantes, “[...] los blancos norteamericanos representaban un 23,7% [...]” (Álvarez Uría y Varela, 2004: 286). “La ciudad era considerada un laboratorio en el que podían observarse todos los matices y las interconexiones de la vida social.” (Downes y Rock, 2011: 92) Semejante diversidad, complejidad y, sobre todo, velocidad de los cambios tuvieron un enorme impacto sobre Max Weber: “Toda la enorme ciudad (más grande que Londres) se parece, a excepción de los barrios residenciales, a una persona a quien le hubieran quitado la piel y cuyas vísceras

se vieran trabajar.” (Weber, 1995: 434)

De esta manera, una sociología construida desde las situaciones sociales, se afanó por documentar la vida colectiva de una serie de habitantes, generalmente pobres, que combinaban distintas dosis de movilidad y precariedad de sus vínculos laborales: “a) los trabajadores estacionales; b) el trabajador transitorio; c) el tramp que “sueña y vaga” y sólo trabaja cuando le resulta conveniente; d) el bum que rara vez vaga y rara vez trabaja, y e) el home-guard que vive en la hoboemia y nunca deja la ciudad.” (Anderson, 1923: 89)

Evidentemente, para la escuela de Chicago, “La sociedad fue descrita como un gran mosaico de mundos sociales que albergaban formas de conducta y moral muy diferentes.” (Downes y Rock, 2011: 108) El afán por circunnavegar y documentar la pobreza estaba en estrecha relación con sus posiciones acerca de la necesidad de reformas sociales, de instituciones que incorporasen a la población, que constituyeran una ciudadanía más amplia, preocupación que podían plantear porque sus elaboraciones no intentaban radicarse en una imputación sistémica, puesto que “[...] renunciaban a abordar la naturaleza misma del liberalismo y del capitalismo.” (Álvarez Uría y Varela, 2004: 304) Como destacó James Jasper, la herencia teórica de esta escuela, especialmente de la obra parkiana, ejerce gran influencia en los actuales abordajes micro-sociológicos del conflicto y los movimientos sociales, porque permite “[...] repensar la acción, las intenciones y las emociones.” (Jasper, 2012: 29)

A contracorriente de estos desarrollos teóricos, en un clima donde se afirmaba que los Estados Unidos eran una sociedad sin clases o de clase media (Chinoy, 1966: 162) Veblen observó el orden social y, en su *Teoría de la clase ociosa* [1899], presentó al sistema de clases constituido en relaciones conflictivas como una variable central de la vida social (Veblen, 2005). Esta sociología crítica de la sociedad norteamericana con un nivel de análisis macro tuvo un lugar marginal dentro del mundo académico. Su línea fue seguida por Robert Staughton Lynd y Helen Merrell Lynd, quienes investigaron las situaciones contenciosas a partir de las clases sociales (Lynd y Lynd, 1929; Busquets, 1974: 21/3). La misma suerte corrieron otros autores, como Charles Beard, para quien “[...] los disturbios eran el objeto principal de los estudios políticos y [...] el origen de los disturbios estaba en la propiedad.” (Bottomore, 1970: 30)

Los teóricos del conflicto social en el auge de la Guerra Fría

Como hemos descrito, desde sus primeros pasos la sociología norteamericana consideró el conflicto como un aspecto central de la vida social, incluso favoreciendo ciertos cambios en las estructuras sociales para incorporar

demandas de los sectores que protagonizaban las protestas. Desde finales de los '30 esa tendencia fue perdiendo importancia y, cada vez más, se procuró teorizar sobre los factores que aseguraban la conservación sin modificaciones del sistema social. Este cambio se debió, en buena medida, al peso de la figura de Talcott Parsons (Coser, 1961: 20), vértice del consenso ortodoxo estructural funcionalista (Giddens, 1982: 4/8).

Para 1950, en una reunión de la *American Sociological Society* (donde había intervenido Carver en 1907), Jessie Bernard planteó que la sociología norteamericana había hecho poco y nada sobre la cuestión del conflicto después de los esfuerzos de los fundadores (Coser, 1961: 12) y posteriormente, advirtió que los sociólogos occidentales habían desplazado el interés sobre el conflicto por cuestiones de la organización social (Bernard, 1958: 27). Estas aseveraciones, naturalmente, partían de la exclusión del marxismo de la sociología académica, emparentando sus corrientes dominantes con los intereses burgueses.

Lo cierto es que hacia 1945 emergió nuevamente la sensibilidad sobre el conflicto social (Tejerina, 2010: 47). La conflagración mundial había dejado millones de muertos, el triunfo militar de la URSS, la agitación en los territorios devastados por la guerra, las protestas de la clase obrera y de los soldados norteamericanos que regresaban de los campos de batalla, fueron algunos de los factores que pusieron en crisis las ilusiones del equilibrio sistémico.

Otro elemento rutilante fue la asociación entre Estado de Bienestar y sociología occidental, puesto que: "Interesarse por el Estado Benefactor es también presuponer la existencia de «desequilibrios» sociales intrínsecos que deben ser corregidos y modificados [...]" (Gouldner, 2000: 321) Esta nueva configuración estatal presentó una simbiosis entre saber y poder con la sociología: "[...] el Estado necesita no sólo una ciencia social capaz de facilitar la intervención planteada para resolver determinados problemas sociales; también necesita como *retórica*, para persuadir a sectores reacios o indecisos [...] Necesita [...] investigaciones sociales que puedan *denunciar* los problemas sociales que se dispone a abordar." (Gouldner, 2000: 323)

Al mismo tiempo, dentro de la sociología burguesa crecían gradual y caóticamente los cuestionamientos respecto del funcionalismo. Esta crisis implicó al menos cinco tipos de críticas:

- Por el carácter abstracto de la teoría y la imposibilidad de operacionalizar sus conceptos: Robert Merton [1949] (2003) y Charles Wright Mills [1959] (1961: 44/67).
- En torno a la lógica de las relaciones sociales: desde una matriz configuracional, Norbert Elías [1977] (1987: 9/21), o desde el individualismo metodológico, John Rex [1961] (1968).
- Acerca de la naturaleza de la acción social: renacimiento del utilitarismo sociológico con la teoría de los incentivos de Mancur Olson [1965] (1971) y la aplicación de la teoría de los juegos por Thomas Schelling [1960] (1964).

- Sobre las cualidades del orden social: mayor contingencia entre situaciones y papeles sociales (García, 1979: 50/9), las funciones de la desviación (Coser, 1970: 107/27) o el carácter coactivo del orden social (Rex, 1968: 138/41).
- Respecto del conflicto en la sociología parsoniana: desatención y/o disímulo (Coser, 1961: 19/23) y la construcción de una teoría complementaria del conflicto (Dahrendorf, 1966: 180/208).

Si estudiamos algunos trabajos que no conforman el núcleo central de la teoría de Talcott Parsons, observamos que éste reconoció las diferencias económicas y los choques de intereses (1967; 1967b), los conflictos ideológicos (1968) y la cuestión generacional (1969) como elementos de importancia en la estructura social.

A pesar de estos matices, el conflicto prosiguió en los márgenes de la teoría sociológica hasta fines de los '50 y principios de los '60, cuando fueron publicadas varias obras influyentes en la teoría sociológica posterior: en 1956 *Las funciones del conflicto social* y en 1967 *Continuities in the Study of Social Conflict* [*Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*] de Lewis Coser; en 1957 *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial* y en 1961 *Sociedad y libertad*, de Ralf Dahrendorf; en 1961 *Problemas fundamentales de la teoría sociológica*, de John Rex; en 1960 *La estrategia del conflicto*, de Thomas Schelling y en 1965 *La lógica de la acción colectiva*, de Marcur Olson.

Esta lista contiene diferentes relaciones con la teoría funcionalista. Lewis Coser pretendió construir una teoría del conflicto social en el seno del estructural-funcionalismo. Por ello rechazó los abordajes sobre “problemas de adaptación”, “tensiones”, etc. y, siendo pionero de la práctica conocida como “caja de herramientas”, tomó casi todas las nociones de Simmel acerca del conflicto y las articuló en la teoría ortodoxa. Mostró que el conflicto social cumplía funciones positivas para la integración sistémica siempre y cuando no contradijera las bases del consenso de valores (¿la propiedad privada?) y estuviese disperso en el conjunto social. Para que el conflicto pudiera cumplir funciones positivas la estructura debería ser flexible, es decir, permitir la expresión de las demandas y tramitarlas en las instituciones, incorporando algunos reclamos y modificando puntualmente las asignaciones de roles para fortalecer la integración social.

Esta lógica es bastante similar en Ralf Dahrendorf, quien prefirió reconocer las virtudes de la obra parsoniana para explicar el consenso y construyó una teorización sobre el conflicto en paralelo. Partiendo de bases filosóficas pretendidamente hobbesianas (Dahrendorf, 1966: 190) reconoció también la “inevitabilidad” del conflicto. La causa de los conflictos sociales se deriva, según este autor, del antagonismo entre “dominantes y dominados” (Dahrendorf, 1966: 190), es decir, entre actores presentes en toda institución. Las clases sociales: “[...] son agrupaciones sociales en conflicto, cuya causa determinante (y con

ello su *differentia specifica*) se halla en la participación y exclusión de dominio dentro de cualquier asociación de dominación.” (Dahrendorf, 1962: 182)

Este pasaje de la problemática “de la explotación a la dominación” (Duek, 2010), en claro contraste con Marx, tiene un poderoso efecto conceptual: la dispersión de los ejes de las contradicciones sociales. En este sentido, Dahrendorf planteó, ya para 1957, la emergencia de una nueva forma de sociedad: “En las sociedades industriales desarrolladas esta clase dominada de la asociación política puede adoptar múltiples formas. Cuando se cierra a sus miembros e intereses todo acceso al poder, puede transformarse en un cuasi-grupo amplio, relativamente homogéneo, del que surja un grupo de intereses vigoroso y revolucionario [...] la mayoría de las sociedades industriales desarrolladas tienden hacia una estructura distinta. [...] el principio de rendimiento y con él la institucionalización de la movilidad social, han hecho posible el intercambio regular del personal que integra las clases. Además, el proceso democrático del ejercicio de la dominación política [...] allana el camino a las clases dominadas hacia su creciente influencia en el desarrollo de los cambios estructurales [...]. A través de un partido político, como asimismo por medio de una pluralidad de grupos e intereses más específicos, encuentra aquella la posibilidad de remover al personal de la clase dominante, e incluso, sin necesidad de tal remoción [...] transformar sus intereses en realidades. La permanencia del cambio estructural que tiene en esto su fundamento, contribuye a la mitigación y regulación del conflicto de clases, y hace innecesaria una formación más uniforme, e ideológicamente más compacta, de amplios grupos de intereses. Allí donde funciona el proceso democrático, la clase dominada, integrada por los ciudadanos del Estado, se manifiesta como una diversidad de grupos de intereses (asociaciones, “grupos – vetantes”), que, o bien compiten entre sí o actúan conjuntamente.” (Dahrendorf, 1962: 324/6)

En sintonía con Coser, recomendaba aminorar la intensidad de los conflictos mediante la “movilidad” (véase la honda herencia de las ideas de Sombart) y de evitar la “superposición” de los mismos (Ibidem: 201). También resaltaba que la represión y la supresión del conflicto eran ilusorias y peligrosas, puesto que “[...] a través de toda la historia [...] nos proporcionan las revoluciones amargas pruebas de este aserto.” (Ibidem: 203) Recordemos lo que señalaba Schmoller: las reformas como medio para evitar las revoluciones. Por estas razones, Dahrendorf propone regular los conflictos sociales, auspiciando que “[...] todos los interesados convengan en ciertas ‘reglas de procedimiento’, según las cuales quieren dirimir sus diferencias.” (Ibidem: 203), es decir, institucionalizar las contradicciones entre los grupos. En este sentido, el autor plantea una doble institucionalización del conflicto: ocurre por la existencia misma de las instituciones, donde conviven dominantes y dominados, y debe regularse en otras instituciones, donde se establezcan reglas para expresar las

demandas y tratar de cumplirlas.

Dentro de la sociología burguesa, John Rex fue uno de quienes tomaron distancia más radical respecto del funcionalismo (Alexander, 1995: 105/108): partió desde la acción social y remarcó que “En la teoría del conflicto, los sistemas son secundarios y han de ser entendidos en términos de los conceptos más básicos de acción intencional e instrumental” (Rex, 1985: 118). Su clave analítica a través de la acción social abrió una perspectiva teórica, puesto que la indeterminación situacional y la pluralidad de sentidos convierten al conflicto en un elemento constitutivo de lo social desde su nivel de agregación más elemental. Por ello, el conflicto puede ocurrir a partir de fallas en la comunicación de las expectativas, desacuerdos en los modelos normativos, especialmente relevantes en los choques diádicos y micro-sociológicos (Rex, 1985: 6/7), o la puja de intereses en las comunidades en conflicto.

A su vez, las apreciaciones de Marcur Olson (1971) y Thomas Schelling (1964), demostraron la existencia e inevitabilidad de las contradicciones entre los intereses de actores individuales y colectivos, y probaron la importancia de los incentivos colectivos y las utilidades de la acción colectiva calculadas racionalmente por parte de los individuos. En contrapartida, la obra de Ted Gurr (1970) destacó la importancia de los factores emocionales, específicamente la frustración, en la violencia colectiva. Otros autores, como Samuel Eisenstadt [1966], resaltaron el carácter ineluctable y central del conflicto social en las sociedades modernas (1968: 44), donde sobrevienen procesos de “desorganización social”.

Como hicimos notar en este recorrido, la sociología reconoció la inevitabilidad del conflicto social. A sus ojos los enfrentamientos expresan la necesidad de ajustes y cambios en las sociedades (conflictos de reproducción) y por eso es posible su regulación. Para ello, es precisa la flexibilidad de la estructura social, con mecanismos como la movilidad, la diferenciación, la competencia y la posible rotación en o de los grupos dominantes.

Entre las llamadas “nuevas teorías del conflicto social” (Cadarso, 2001), que emergieron a finales de los '60, persisten muchos de estos elementos, pese a que tanto la escuela norteamericana como la europea se afanaron por comprender el conflicto desde la multiplicidad de localizaciones sociales, pretendiendo tomar distancia respecto del funcionalismo y, por supuesto, del marxismo. Los fenómenos contenciosos debían desanclarse de nociones que supusieran grandes fracturas de la estructura social y abordarse a partir de la lógica propia de las acciones colectivas y los movimientos sociales. Mientras Charles Tilly reconocía que “La democratización fomenta la formación de movimientos sociales” y “Los movimientos sociales afirman la soberanía popular.” (Tilly y Wood, 2009: 33), Alain Touraine afirmaba, refiriéndose a las instituciones democráticas, que: “[...] se debilitan si no reconocen la prioridad

y autonomía de los nuevos movimientos sociales, y la necesidad de definirse como más directamente representativas.” (Touraine, 1987: 200)

Desde *La sociedad post industrial* [1971] (1971) existe una tradición de pensamiento sociológico sobre el conflicto centrada en la identidad como elemento clave dinamizador de los enfrentamientos, mientras a partir de *From Mobilization to Revolution* [1977], de Tilly, se investiga la acción colectiva en la interactividad de la contienda política. Touraine señaló la existencia de una relación directa entre rigidez institucional, dirigismo de los sectores dominantes y radicalización de los movimientos sociales (Touraine, 1971: 100/1 y 137/8), mientras que el autor norteamericano subrayó la importancia de los cálculos de costos y beneficios en la estructura de oportunidades políticas.

Nuestro señalamiento de algunas similitudes no pretende, evidentemente, ignorar las diferencias entre los enfoques identitarios, predominantes en Europa, y aquellas perspectivas basadas en la movilización de recursos o la estructura de oportunidades políticas, de gran difusión en los EEUU. Este somero análisis, más bien, pretende marcar líneas de continuidad con una trayectoria de la sociología en relación al conflicto.

Palabras finales

Desde la era clásica del imperialismo numerosas conceptualizaciones de la sociología burguesa reconocieron el carácter inevitable del conflicto social. Estos autores estudiaron sus características, combatieron su ocultamiento dentro de las ciencias sociales y reafirmaron las posibilidades que brindan las disputas para mejorar la vida social sin realizar transformaciones radicales.

Se trata de un saber sobre la reforma y el cambio institucional, un conocimiento sobre el conflicto y sus contribuciones para la reproducción social. Desde Simmel en adelante, por medio de la “[...] hipostaseación del enfrentamiento como una categoría formal de la sociedad, que posee un potencial destructivo inmenso [...] aparece [...] como algo fructífero en sí.” (Adorno, 2006: 93) La íntima relación entre conflicto y derechos, ciudadanía y reforma alertan de que en ciertas elaboraciones sociológicas “[...] nada [se] distingue, en el plano conceptual, [entre] las nociones de conflicto y competencia” (Laurin-Frenette, 1989: 333). Esto nos advierte de una última paradoja de la sociología: a pesar de reconocer el conflicto, sus presupuestos generales empujan las observaciones hacia la lógica de la competencia en el mercado propiamente liberal. En esta senda, nos topamos con una “economía de los enfrentamientos”, los cuales resultan saludables, inevitables y permiten acomodar los intereses particulares respecto del equilibrio macro social. Por ello deben permitirse y regularse.

Nos encontramos ante un saber paradójico, que mientras reconoce las contra-

posiciones de intereses entre grupos sociales, no busca reorganizar la sociedad para superar tales fracturas, sino regularlas y evitar que se agudicen. La teoría del conflicto social debería entenderse, concluimos, como una herramienta clave para el desarrollo de dispositivos de seguridad (Foucault, 2007: 21) por parte de una clase dominante que gobierna más allá de las contradicciones sociales y los choques eventuales en distintos ámbitos de la vida colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor: **Introducción a la sociología**. Barcelona, Gedisa, 2006.
- ALEXANDER, Jeffrey: **Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional**. Barcelona, Gedisa, 1995.
- ÁLVAREZ URÍA, Fernando y VARELA, Julia: **Sociología, capitalismo y democracia. Génesis e institucionalización de la sociología en Occidente**. Madrid, Morata, 2004.
- ANDERSON, Nels: **The Hobo**. Chicago, Chicago University Press, 1923.
- ARRIGHI, Giovanni: **El largo siglo XX**. Madrid: Akal, 2014.
- AYALA, Francisco: **Oppenheimer**. México, Fondo de Cultura Económica, 1942.
- **Historia de la Sociología. Tratado de Sociología I**. Buenos Aires, Losada, 1947.
- BASTIDA, Anna: **Desaprender la guerra: una visión crítica de la educación para la paz**. Barcelona, Icaria Editorial, 1994.
- BERIAIN, Jostexo: **Modernidades en disputa**. Barcelona, Antrhopos, 2005.
- BERNARD, Jessie: **La sociología del conflicto (Investigaciones recientes)**. México, Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, 1958.
- BLINDER, Daniel: *“Hegemonía, y soberanía moderna: Werner Sombart y la acción política en el espacio del Sistema-mundo”* en **Visión Global**, Vol. 14. n.º. 2, pp. 201 – 212.
- BERTHELOT, Jean: **La construcción de la sociología**. Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.
- BONAVENA, Pablo: *“Lo extraordinario y lo normal en las teorías sociológicas: consideraciones sobre la relación entre sociología y guerra”*, en **Cuestiones de Sociología**, Buenos Aires, Departamento de Sociología FaHCE UNLP / Prometeo, 2010, n.º 5/6, pp. 295 – 312.
- y ZOFÍO, Ricardo: *“El objetivismo sociológico y el problema del conflicto social: la perspectiva de Emilio Durkheim”* en **Conflicto Social**, Buenos Aires, IIGG-UBA, 2008, n.º 0, pp. 81 – 107.
- BOTTOMORE, Tom: **Crítica de la sociedad**. Buenos Aires, La Pléyade, 1970.

- BRETONES, María: **Sociedades avanzadas. Manual de estructura social.** Barcelona, Hacer Editorial, 2001.
- BUSQUETS, Julio: “*Tres sociologías del conflicto social*”, en **Papers: Revista de Sociología**, 1974, Volumen 2, pp. 9 – 41.
- CADARSO, Pedro: **Fundamentos teóricos del conflicto social.** Madrid, Siglo XXI, 2001.
- CARVER, Thomas: “*The Basis of Social Conflict*”, en **American Journal of Sociology**, Vol. 13 n° 5, pp. 628 – 648.
- COSER, Lewis: “*Corrientes sociológicas de los Estados Unidos*”, en BOTTOMORE, Tom y NISBET, Robert: **Historia del análisis sociológico.** Buenos Aires, Amorrortu, 1988, pp. 327 – 363.
- CHINOY, Ely: **La sociedad.** México, FCE, 1966.
- COSER, Lewis: **Las funciones del conflicto social.** México, FCE, 1961.
- ___ **Nuevos aportes a la teoría del conflicto social.** Buenos Aires, Amorrortu, 1970.
- DAHRENDORF, Ralf: **Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial.** Madrid, Rialp, 1962.
- ___ **Sociedad y Libertad.** Madrid, Tecnos, 1966.
- DE LA PEÑA, Gabriela: “*Simmel y la Escuela de Chicago en torno a los espacios públicos en la ciudad*”, en **Sincronía**, octubre 2003. Disponible: <http://sincronia.cucsh.udg.mx/pena03.htm> [visitado diciembre de 2016].
- DONZELOT, Jacques: **La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas.** Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- DOWNES, David y ROCK, Paul: **Sociología de la desviación.** Barcelona, Gedisa, 2011.
- DUEK, María Celia: “*Ralf Dahrendorf: crítica e implicancias de su teoría ecléctica de las clases*”, en **Trabajo y Sociedad**, 2010, n° 14, Vol. XIII.
- ELÍAS, Norbert: **El proceso de la civilización.** México, FCE, 1987.
- EISENSTADT, Samuel: **Modernización. Movimientos de protesta y cambio social.** Buenos Aires: Amorrortu, 1968.
- FOUCAULT, Michel: **Seguridad, territorio, población.** Buenos Aires, FCE, 2007.
- FREUND, Julien: **Sociología del conflicto.** Buenos Aires, Fundación CE-RIEN, 1987.
- ___ “*La sociología alemana en época de Max Weber*” en BOTTOMORE, Tom y NISBET, Robert (comps.): **Historia del análisis sociológico.** Buenos Aires, Amorrortu, pp. 178 – 217.
- GARCÍA, Jesús: **Merton. La estructura precaria. Orden y conflicto en la sociedad moderna.** México, Edicol, 1979.
- GIDDENS, Anthony: **Profiles and Critiques in Social Theory.** Londres, Macmillan, 1982.

- __ **El capitalismo y la moderna teoría social.** Barcelona, IdeaBooks, 1998.
- __ **La constitución de la sociedad.** Buenos Aires, Amorrortu 2006.
- GIL DE SAN VICENTE, Iñaki: **Marxismo versus sociología. Las ciencias sociales como instrumento del imperialismo.** Caracas, Trinchera, 2012.
- GOULDNER, Alvin: **La crisis de la sociología occidental.** Buenos Aires, Amorrortu, 2000.
- GUERRERO, Jinú: *“Solidaridad de intereses: la transformación del derecho social como dominación en Lorenz von Stein”*; en **Revista de Estudios Sociales**, Colombia, Universidad de Los Andes, 2013, n° 46, pp. 74 – 85.
- GUMPLOWICZ, Luis: **Sociología y política.** Buenos Aires, Intermundo, 1946.
- __ *“La lucha de las razas”*, en TERRÉN, Eduardo (ed.): **Razas en conflicto. Perspectivas sociológicas.** Barcelona, Anthropos, 2002, pp. 51 – 65.
- GURR, Ted: **Why Men Rebel.** Princeton, Princeton University Press, 1970.
- HEADRICK, Daniel: **El poder y el Imperio. La tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad.** Barcelona, Crítica, 2011.
- HILL, Lisa: *“Anticipations of Nineteenth and Twentieth Century Social Thought in the Work of Adam Ferguson”*, en **Archives Européennes de Sociologie**, Cambridge, 1996, Vol. 37, n° 1, pp. 203 – 228.
- JASPER, James: *“¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas”*, en **Sociológica**, 2012, n° 47, pp. 7 – 48.
- JOAS, Hans: **Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX.** Madrid, Paidós, 2005.
- LAURIN-FRENETTE, Nicole: **Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa.** Madrid, Siglo XXI, 1989.
- LENIN, Vladimir: **El imperialismo. Fase superior del capitalismo.** Buenos Aires, Polémica, 1974.
- LUKÁCS, Georg: **El asalto a la razón. El irracionalismo alemán desde Schelling hasta Hitler.** México, FCE, 1959.
- LYND, Robert y LYND, Helen: **Middletown: Un estudio en la cultura americana contemporánea.** Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1929.
- MARTINDALE, Don: **La teoría sociológica. Naturaleza y escuelas.** Madrid: Aguilar, 1979.
- McNEILL, John y McNEILL, William: **Las redes humanas. Una historia global del mundo.** Buenos Aires, Crítica, 2010.
- MERTON, Robert: **Teoría y estructura sociales.** Madrid, FCE, 2003.
- MUNNÉ, Federico: **Grupos, masas y sociedades. Introducción sistemática a la sociología general y especial.** Barcelona, Editorial Hispano Europea, 1971.

- NISBET, Robert: **La formación del pensamiento sociológico. Tomos 1 y 2.** Buenos Aires, Amorrortu, 1999.
- OLSON, Mancur: **La lógica de la acción colectiva.** Noriega, México, 1971.
- OPPENHEIMER, Franz: **Deer Staat.** Berlín, Libertad Verlag, 1990.
- PARKER, Geoffrey: **La revolución militar. Innovación militar y apogeo de Occidente 1500 – 1800.** Madrid, Alianza, 2002.
- PARRA LUNA, Francisco: **Elementos para una teoría formal del sistema social: una orientación crítica.** Madrid, Editorial Complutense, 1983.
- PARSONS, Talcott: *“El problema del cambio institucional controlado”*, en **Ensayos de teoría sociológica.** Buenos Aires, Paidós, 1967, pp. 206 – 237.
- ___ *“Clases sociales y conflicto de clases a la luz de la teoría sociológica actual”*, en **Ensayos de teoría sociológica.** Buenos Aires, Paidós, 1967b, pp. 279 – 288.
- ___ *“La juventud en el contexto de la sociedad norteamericana”*, en AAVV: **La juventud en el mundo moderno.** Buenos Aires, Horme, 1969, pp. 186 – 231.
- ___ *“El comunismo y Occidente: sociología del conflicto”*, en ETZIONI, Amitai y ETZIONI, Eva: **Los cambios sociales.** México, FCE, 1968, pp. 349 – 356.
- PIAGET, Jean: **Estudios sociológicos.** Buenos Aires, Planeta Agostini, 1986.
- PLUMMER, Ken: *“Investigación humanística y El Campesino Polaco”*, en THOMAS, William y ZNANIECKI, Florian: **El campesino polaco en Europa y en América.** Madrid, CIS, 2006, pp. 11 – 19.
- REX, John: **Problemas fundamentales de la teoría sociológica.** Buenos Aires, Amorrortu, 1968.
- ___ **El conflicto social.** Madrid, Siglo XXI, 1985.
- RINGER, Fritz: **El ocaso de los mandarines alemanes.** Barcelona, Pomares Corredor, 1995.
- RODRÍGUEZ, Darío y ARNOLD, Marcelo: **Sociedad y teoría de sistemas. Elementos para la comprensión de la teoría de Niklas Luhmann.** Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2007.
- SHELLING, Thomas: **La estrategia del conflicto.** Madrid, Tecnos, 1964.
- SCHMOLLER, Gustav: **Política social y economía política.** Granada, Comares, 2007.
- SIMMEL, Georg: **Sociología. Estudios sobre las formas de socialización.** Buenos Aires, Espasa Calpe, 1938.
- SOMBART, Werner: **Guerra y capitalismo.** Madrid, SUMMA Galo Sáez Editor, 1943.
- ___ *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* Madrid, Capitán Swing, 2009.
- TEJERINA, Benjamín: *“Movimientos sociales y nuevas formas del conflicto social. Visibilidad, negociación y resolución de conflictos”* en MORENTE MEJÍAS, Fe-

- lipe (dir.) **La mediación en tiempos de incertidumbre**. Madrid, Dykinson, 2010, pp. 47 – 82.
- THERBORN, Göran: **Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y el materialismo histórico**. Madrid, Siglo XXI, 1980.
- **El mundo. Una guía para principiantes**. Madrid, Alianza, 2012.
- THOMAS, William y ZNANIECKI, Florian: **El campesino polaco en Europa y en América**. Madrid, CIS, 2006.
- TILLY, Charles y WOOD, Lesley: **Los movimientos sociales, 1768 – 2008. Desde sus orígenes hasta Facebook**. Barcelona, Crítica, 2009.
- TOURAINÉ, Alain: **La sociedad post-industrial**. Barcelona, Ariel, 1971.
- **El regreso del actor**. Buenos Aires, Eudeba, 1987.
- VEBLEN, Thorstein: **Teoría de la clase ociosa**. México, FCE, 2005.
- VERNIK, Esteban: “Entrevista: Georg Simmel y la idea de nación. Una conversación con Otthein Rammstedt” en **Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)** nº 137, 2012, pp. 151 – 162.
- VON STEIN, Lorenz: **Movimiento sociales y Monarquía**. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Colección Civitas, 1981.
- WATIER, Patrice: **Georg Simmel. Sociólogo**. Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.
- WEBER, Mariene: **Max Weber: una biografía**. México, FCE, 1995.
- WENCES, Isabel: “La relevancia sociológica de la Ilustración Escocesa”, en **Revista Internacional de Sociología (RIS)**, Córdoba, Instituto de Estudios Sociales Avanzados, Volumen 68, Nro. 1, pp. 37 – 56.
- WRIGHT MILLS, Charles: **La imaginación sociológica**. México, FCE, 1961.
- ZEITLIN, Irving: **Ideología y teoría sociológica**. Buenos Aires, Amorrortu, 1970.